

niente la manera de vivir de mi tío, y le bastaría con regularizarla para conseguirle á la señorita Brazier la consideración de la ciudad. ¿No vale más para ella ser la señora de Rouget que la criada ama de un solterón? ¿No es más sencillo adquirir por un contrato de matrimonio derechos definidos, que de amenazar á una familia con burlarle una herencia? Si usted, si el señor Hochón, si algún digno sacerdote, quisieran ocuparse del asunto, se haría cesar un escándalo que affige á las personas honradas. Á más de que mucho estimaría la señorita Brazier el verse acogida por usted como una hermana, y por mí como una tía. Desde el día siguiente fué rodeada la cama de Flora por Ágata y por la señora de Hochón, quienes revelaron á la enferma los admirables sentimientos de Felipe. En todo Issoudun se habló del coronel como de un hombre excelente y generoso, especialmente por su conducta con Flora. Por espacio de un mes, la Enturbiadora oyó á Goddet, su médico, que por su profesión tanto influía en el ánimo de un enfermo; á la respetable señora de Hochón, incitado por espíritu religioso; á la dulce y piadosa Ágata, presentándole todas las ventajas que tendría para ella su enlace con Rouget. Cuando, seducida ante la idea de ser la señora de Rouget, es decir una digna y honrada burguesa, deseó vivamente restablecerse para celebrar la boda, no fué difícil hacerle comprender que no podía entrar en la antigua familia de los Rouget echando á la calle á Felipe.

— Además, le dijo un día el médico, ¿no es á él á quien debe usted tamaño cambio de fortuna? Nunca la hubiera dejado Max casarse con Rouget. Y luego que, le dijo al oído, si tiene usted hijos, ¿no vengará usted bien á Max? pues quedarían desheredados los Bridau.

Dos meses después del fatal acontecimiento,

en febrero de 1823, la enferma, aconsejada por cuantos la rodeaban, y suplicada por Rouget, recibió pues á Felipe, cuya cicatriz la hizo llorar, pero cuyos modales, suavizados para ella y casi afectuosos, la calmaron. Según deseo de Felipe, le dejaron solo con su futura tía.

— Querida amiga, le dijo el soldado, yo he sido el primero en aconsejarle á usted que se case con mi tío; y si usted consiente, se efectuará la boda tan pronto como esté usted restablecida...

— Eso me han dicho, contestó ella.

— Lo natural es que si me han obligado las circunstancias á hacerle á usted daño, quiera ahora hacerle el mayor bien posible. La fortuna, la consideración y una familia valen más que lo que usted ha perdido. Una vez muerto mi tío, no hubiera usted seguido siendo, por mucho tiempo, la compañera de aquel hombre, pues he sabido por sus amigos que no le reservaba á usted una suerte muy envidiable. Mire, amiga mía, entendámonos y viviremos todos felices. Será usted mi tía y *sólo mi tía*. Cuidará usted de que no me olvide mi tío en su testamento; por mi parte, ya verá cómo hago que la trate él en el contrato de matrimonio... Cállese y piense en lo que le digo; ya hablaremos de ello más despacio. Ya lo ve usted, las personas más sensatas, toda la ciudad le aconseja que ponga término á una situación ilegal, y á nadie le parece mal que me reciba usted. De sobra sabemos que en la vida, antes son los intereses que los sentimientos. El día de su boda estará usted más hermosa que nunca. Su indisposición, al palidecerla, le ha comunicado un aire distinguido. Si ya no la amara locamente mi tío, le juro á usted que sería la esposa del coronel Bridau.

Salió Felipe de la habitación dejando en el alma de Flora esta última palabra destinada á despertar en ella cierta venganza que le agradó, esti-

mándose casi feliz al ver á sus pies á aquel temible individuo. La moraleja de esto es que el cálculo, oculto bajo un sentimiento, penetra profundamente en el corazón y disipa el duelo más verdadero.

Á comienzos de abril de 1823, la sala de Juan Jacobo Rouget ofrecía, sin que á nadie le extrañara, el espectáculo de una soberbia comida dada en honor de la firma del contrato de matrimonio entre la señorita Flora Brazier y el solterón. Los convidados eran el señor Hochón; los cuatro padrinos: Señores Mignonnet, Carpentier, Hochón y Goddet; el alcalde y el cura; y después, Ágata, la señora de Hochón y su amiga la señora de Borniche, es decir las dos ancianas de más autoridad en Issoudun. Mucho agradó á la desposada la presencia de aquellas señoras, conseguida por Felipe, presencia que significaba cierta protección necesaria á una joven que por fin se arrepiente de su mala vida.

Flora estuvo guapísima. El cura, que desde hacía quince días enseñaba el catecismo á la ignorante Enturbiadora, iba á darle al día siguiente la primera comunión. Dicho matrimonio ocasionó el siguiente artículo publicado en el *Diario del Cher*, en Bourges, y en el *Diario del Indre*, en Châteauroux:

« Issoudun.

« El movimiento religioso progresa en el Berri. Todos los amigos de la Iglesia y todas las personas honradas han sido testigos, ayer, en esta ciudad, de una ceremonia con la cual uno de los principales propietarios del país ha puesto fin á una situación escandalosa, y que fechaba de la época en que ninguna fuerza tenía la religión en nuestras comarcas. Este resultado, debido al esclarecido celo del clero de nuestra ciudad, tendrá, creemos, imitadores, y hará cesar los abusos de matrimonios

no celebrados, contraidos en los más desastrosos tiempos del régimen revolucionario.

« Lo notable en el hecho que nos ocupa es que ha sido provocado por las instancias de un coronel del ejército imperial, enviado á nuestra ciudad por fallo de la cámara de los pares, y que con tal matrimonio puede perder la herencia de su tío. Semejante desinterés es harto raro en nuestra época para que no le demos publicidad ».

Por el contrato, Rouget reconocía á Flora cien mil francos de dote, y la aseguraba una viudedad vitalicia de treinta mil. Después de la boda, que fué suntuosa, Ágata se volvió á París, creyéndose la más feliz de las madres, y anunció á José y á Desroches lo que llamaba ella buenas noticias.

— Su hijo de usted es harto listo para no echarle el guante á esa herencia, le contestó el procurador; y ni usted ni el pobre José verán nunca un céntimo de la fortuna de Felipe.

— ¿ De modo que siempre serán, usted y José, injustos para ese pobre muchacho? dijo la madre. Su conducta en la cámara de los pares ha sido la de un gran político; ha conseguido salvar muchas cabezas... Los errores de Felipe proceden de no haber encontrado ocupación sus brillantes facultades; pero ha reconocido cuánto daño le hace la mala conducta al hombre que quiere llegar á algo; y como tiene ambición, llegará; y no soy yo la sola en decirlo.

— Claro está que si quiere dedicar su inteligencia esencialmente perversa en hacerse con mucho dinero, de seguro lo conseguirá, pues la gente de su calibre llega pronto, dijo Desroches.

— ¿ Y por qué no habría de llegar por medios honrados? preguntó la señora de Bridau.

— En fin, ya verá usted... Feliz ó desgraciado, Felipe será siempre el hombre de la calle Mazarine,

el asesino de la Descoings, el ladrón doméstico; pero, tranquilícese : ya encontrará el medio de parecer honradísimo á los ojos de todos.

Al día siguiente del matrimonio, después del almuerzo, Felipe cogió del brazo á la señora de Rouget, ya que se hubo marchado éste á vestirse, pues ambos habían bajado con bata.

— Hermosa tía, le dijo en el hueco de una ventana, ya es usted de la familia, merced á mí, todo se ha arreglado. Bueno, pues ahora, mucho cuidado : espero que me secundará usted lealmente. Sé de qué ardidés podría usted valerse para engañarme, y por eso le advierto que estará guardada por mí mejor que por una dueña. Por de pronto, nunca saldrá usted sin mí, sin que la lleve del brazo. En cuanto á lo que en casa pueda ocurrir, vigilaré como una araña en el fondo de su tela. Aquí tiene algo que la probará que yo podía, mientras estaba usted en la cama, sin poderse mover, hacer que mi tío la despidiera sin darle un céntimo. Lea usted.

Y tendió á Flora asombrada la siguiente carta :

« Querido : Florentina, que acaba de debutar en la Ópera con Mariquita y Tulia, no ha cesado de pensar en ti, así como Florina, que por fin ha soltado á Lousteau para enredarse con Nathan. Esas dos lagartas te han encontrado la más deliciosa criatura del mundo, una muchachita de diecisiete años, hermosa como una inglesa, con apariencia virtuosa de lady que se divierte de lo lindo, astuta como un procurador, y fiel. Mariquita la ha amaestrado. No hay mujer que pueda luchar contra ese angelito bajo el cual se oculta un demonio : sabrá desempeñar todos los papeles, embobar á tu tío y volverlo tonto, loco de amor. Tiene un aire celestial, sabe llorar, tiene una voz

que le saca un billete de mil francos á un corazón de piedra, y bebe champaña como el más pintado. Es un sujeto precioso; le debe favores á Mariquita y desea quedar en paz con ella. Después de haberse tragado la fortuna de dos ingleses, de un ruso y de un príncipe romano, la señora Ester se halla en situación muy apurada; con diez mil francos que le dieras se contentaría. Acaba de decirme : « Hasta ahora no he desplumado á ningún burgués, y me gustaría dar con uno.

« Es muy conocida de Finot, de Bixiou, de des Lupeaulx, de toda nuestra gente, en una palabra. Si hubiese fortunas en Francia, sería la más famosa cortesana de los tiempos modernos. Mi redacción huele á Nathan, á Bixiou y á Finot, que están haciendo tonterías con la susodicha Ester, en un precioso piso en el cual acaba de instalar á Florina el viejo lord Dudley, el verdadero padre de Marsay, arrebatado por la actriz merced á su nuevo papel. Tulia sigue con el duque de Rhetoré, y Mariquita con el duque de Maufrigneuse; entre las dos te conseguirán un permiso para el santo del rey.

« Trata de tener ya enterrado bajo rosas á tu tío para el día de San Luis, vuelve aquí con la herencia, y algo de ella comerás con Ester y tus antiguos amigos, que firman juntos para recordarte que te quieren.

« NATHAN, FLORINA, BIXIOU,
FINOT, MARIQUITA, FLORENTINA,
GIROUDEAU, JULIA. »

El temblor de las manos de la señora de Rouget al leer esta carta denotaba el terror de toda su persona. No se atrevió la tía á mirar á su sobrino, el cual fijaba en ella una terrible mirada.

« Ya ve, le dijo, que tengo confianza en usted; pero quiero una compensación. He hecho que sea usted mi tía para poder casarme con usted algún

diá. Bien puede usted desempeñar con mi tío el papel que hubiera desempeñado Ester. Dentro de un año tenemos que estar en París, único país en donde pueda vivir una mujer hermosa; allí se divertirá usted algo mejor que aquí, pues aquello es un carnaval perpetuo. Yo ingresaré otra vez en el ejército, llegaré á general y entonces será usted una gran dama. Tal es su porvenir; váyalo preparando... Pero quiero una prenda de nuestra alianza. De aquí á un mes me hará usted dar la procuración general de mi tío, so pretexto de quitarse de encima, uno y otro, la molestia de administrar esa fortuna. Y un mes más tarde quiero una procuración especial para transferir una inscripción. Una vez efectuada la inscripción á nombre mio, igual interés tendremos en casarnos cuando pueda ser. Todo eso, hermosa tía, está bien claro y es muy sencillo. Entre nosotros no ha de haber nada ambiguo. Puedo casarme con mi tía al cabo de un año de viudedad, en tanto que no podría casarme con una mujer deshonrada.

Y se marchó sin esperar contestación. Cuando, un cuarto de hora después, entró la Védie para quitar la mesa, halló á su ama pálida y sudorosa, á pesar de la estación.

Experimentaba Flora la sensación de una mujer caída al fondo de un precipicio, sólo tinieblas veía en su porvenir, y en aquellas se dibujaban, como en profunda lontananza, cosas monstruosas, que no percibía claramente y que la espantaban.

Sentía el frío húmedo de los subterráneos; temía instintivamente á aquel hombre, y, no obstante, una voz le gritaba que merecía tenerlo por amo. Nada podía contra su destino. Flora Brazier ocupaba, por decencia, un cuarto aparte en la casa de Rouget; pero la esposa de Rouget tenía que pertenecer á su marido, viéndose así privada de la preciosa libertad que conserva una criada ama. En



la horrible situación en que se veía, concibió la esperanza de tener un hijo; pero durante aquellos últimos cinco años, había ella convertido á Juan Jacobo en el más caduco de los ancianos.

Por otra parte, la vigilancia de un hombre como Felipe, que en nada tenía que ocuparse, pues ya había dejado su empleo, hizo imposible toda venganza.

Benjamin era un espía inocente y fiel; y la Vedie temblaba ante Felipe. De modo que Flora se veía sola y sin socorro. Llegó hasta temer por su vida; sin saber cómo conseguiría Felipe matarla, comprendió que una preñez sospechosa sería su sentencia de muerte: el sonido de aquella voz, la mirada velada de aquellos ojos de jugador, los más insignificantes movimientos de aquel soldado, que la trataba con cortés brutalidad, la hacían estremecerse. En cuanto á la procuración pedida por aquel feroz coronel, que para todo Issoudun era un héroe, la tuvo tan pronto como la necesitó: pues Flora cayó bajo la dominación de aquel hombre como Francia había caído bajo la de Napoleón.

Semejante á la mariposa que se quema las alas por acercarse demasiado á la luz, Rouget disipó rápidamente sus postreras energías.

En presencia de aquella agonía el sobrino permanecía impassible y frio como los diplomáticos, en 1814.

Felipe, que no creía en Napoleón II, escribió entonces al ministro de la Guerra la carta siguiente, que, por conducto del duque de Maufrigneuse, hizo Mariquita llegar á destinación.

« Monseñor: Napoleón ya no existe; he querido serle fiel por haberle jurado fidelidad: Ahora, libre estoy de ofrecer mis servicios á Su Majestad. Si se digna Vucencia explicar mi conducta á Su Majestad, comprenderá el rey que no se aparta de las leyes del honor, aunque infringe las del reino.

El rey, á quien le pareció natural que su edecán, el general Rapp, llorase á su antiguo señor, tendrá sin duda indulgencia para mí: Napoleón fué mi bienhechor.

« Suplico, pues, á Vucencia, que tome en consideración la solicitud que le dirijo para un empleo en mi grado, asegurándole desde ahora de mi completa sumisión. Con esto le digo, monseñor, que el rey tendrá en mí un fiel sujeto.

« Dignese Vucencia aceptar el homenaje del respeto con que tengo la honra de decirme,

« De Vucencia,

« El muy sumiso y muy humilde servidor,

« FELIPE BRIDAÜ.

« Antigo jefe de escuadrón de los dragones de la Guardia, oficial de la Legión de honor, bajo la vigilancia de la alta policía en Issoudun.

A esta carta acompañaba una solicitud de estancia en París para asuntos de familia, á la que el señor Mouillerón añadió cartas del alcalde, del subprefecto y del comisario de policía de Issoudun, dando, todos, informes elogiosos de Felipe, apoyándose en el artículo publicado con motivo del casamiento de su tío.

Quince días después, en el momento de la Exposición, recibió Felipe el permiso deseado y una carta en que el ministro de la Guerra le anunciaba que, según órdenes del rey, quedaba, como primera merced, repuesto, con su grado de teniente coronel, en el ejército activo.

Se fué Felipe á París con su tía y el viejo Rouget, al que llevó, tres días después de su llegada, al tesoro, para que firmase la transferencia de la inscripción, la cual, desde aquel momento, fué propiedad suya. Hizo Felipe saborear á aquel moribundo, así como á la Enturbiadora, los goces excesivos de la tan peligrosa sociedad de las incan-

sables actrices, de los periodistas, de las artistas y de las mujeres sospechosas en que había Felipe gastado su juventud, y en la que halló el viejo Rouget Enturbiadoras hasta morir. Giroudeau se encargó de proporcionarle á Rouget la dulce muerte, ilustrada más tarde, dicen, por un mariscal de Francia. Lotita, una de las más hermosas bailarinas de la Opera, fué el amable asesino de aquel anciano: Rouget murió al terminar una espléndida cena dada por Florentina; de suerte que resultó muy difícil saber si fué la comida ó la bella Lotita la que puso punto final á la existencia del viejo solterón. Lotita acusó de dicha muerte á un pedazo de suculentó pastel, y como no podía defenderse el pastel, quedó por sentado que el vejete había muerto de indigestión. Flora se halló como en su elemento en aquel mundo excesivamente desecotado; pero Felipe le dió por amiga de confianza á Mariquita, quien no permitió que hiciera tonterías aquella viuda cuyo luto fué adornado por algunas galanterías.

En octubre de 1823, volvió Felipe á Issoudun provisto de la procuración de su tía, para liquidar la herencia de su tío, operación que se efectuó rápidamente, pues en marzo de 1824 ya había regresado á la capital con un millón y doscientos mil francos, producto líquido de los bienes de su difunto tío, sin contar los valiosos cuadros que jamás salieron de casa de Hochón. Colocó Felipe sus fondos en la casa Manganod é hijo, en donde estaba el jóven Baruch Borniche, y sobre cuyas solvabilidad y probidad le había dado Hochón satisfactorios informes. Dicha casa tomó la citada fortuna al seis por ciento anual, bajo condición de ser avisada con tres meses de antelación, caso de que quisiera Felipe retirar fondos.

Un día se fué el coronel á pedirle á su madre que asistiera á su boda, la cual tuvo por padrinos

Giroudeau, Finot, Nathan y Bixiou. Estipulaba el contrato que la viuda de Rouget, que aportaba un millón de francos, hacia donación de sus bienes á su futuro, caso de fallecer ella sin hijos. No hubo esquelas de aviso, ni festejos de ninguna clase, pues tenia Felipe sus planes : llevó á su mujer á la calle Saint-Georges, á un cuarto que le vendió Lotita ya amueblado, el cual le pareció delicioso á la recién casada, y en donde raras veces puso los pies el esposo. Sin que nadie lo supiese, compró Felipe por doscientos cincuenta mil francos, en la calle de Clichy, cuando nadie sospechaba el valor que había de adquirir más tarde aquel barrio una magnífica casa hotel por la que dió ciento cincuenta mil francos de sus rentas, y comprometiéndose á pagar lo demás en el término de dos años. Allí gastó sumas enormes en mejoras interiores y en mobiliario; hicieron buena figura en la nueva casa los hermosos cuadros, ya restaurados, y que fueron tasados en trescientos mil francos.

El advenimiento de Carlos X puso más en auge que antes á la familia del duque de Chaulieu, cuyo hijo mayor, el duque de Rheroré, veía con frecuencia á Felipe en casa de Tullia. Bajo Carlos X, la rama primogénita de los Borbones se creyó definitivamente segura en el trono, y siguió el consejo que el mariscal de Gouvion-Saint-Cyr había dado de atraerse los militares del Imperio. Felipe, que sin duda hizo preciosas revelaciones sobre los complots de 1820 y 1822, fué nombrado teniente coronel en el regimiento del duque de Maufrigneuse. Aquel galante gran señor se consideraba como obligado á proteger á un hombre al que había birlado á Mariquita. El cuerpo de baile de la Ópera influyó en aquel nombramiento. Además, la sabiduría del consejo secreto de Carlos X había decidido que aparentara el Delfin cierto liberalismo. Felipe, convertido casi en privado del duque de

Maufrigneuse, fué, no sólo presentado al Delfin, sino también á la Delfina, á la que no disgustaban los caracteres rudos y los militares conocidos por su fidelidad. Parecióle bien á Felipe el papel desempeñado por el Delfin, y aprovechó las primeras manifestaciones de aquel liberalismo de pega para hacerse nombrar ayudante de campo de un mariscal que tenia influencia en la corte.

En enero de 1827, Felipe, que pasó á la Guardia real en calidad de teniente Coronel del regimiento que aun mandaba el duque de Maufrigneuse, solicitó la merced de ser ennoblecido. Bajo la Restauración, el ennoblecimiento vino á ser casi como un derecho para los que servían en la Guardia. El coronel Bridau, que acababa de comprar la tierra de Brambourg, solicitó el favor de erigirla en mayorazgo con el título de Conde. Lo consiguió poniendo en juego sus relaciones en la más alta sociedad, en la que figuró cual gran señor, con sumo lujo de coches y de libreas. Tan pronto como se vió Felipe teniente coronel del más lucido regimiento de caballería de la guardia, designado en el Almanaque real bajo el nombre de Conde de Brambourg, frecuentó asiduamente la casa del teniente general de artillería, conde de Soulanges, haciéndole la corte á la hija menor, Amelia. Insaciable y apoyado por las queridas de todas las personas influyentes, solicitó Felipe la honra de ser uno de los edecanes del Delfin. Tuvo la audacia de decirle á la Delfina « que un antiguo oficial herido en varios campos de batalla y conocedor de la guerra, no seria, en caso necesario, inútil á Monseñor ». Felipe, que se puso al tanto de los modales de aquel mundo de la corte, supo manejarse bien. Tuvo, además, suntuoso tren de casa; dió fiestas y comidas magníficas, no admitiendo en su hotel á ninguno de sus antiguos

amigos, cuya posición hubiera podido comprometer su porvenir. Así es que fué implacable para los compañeros de sus antiguas jaranas. Rehusó friamente á Bixiou el hablar en favor de Giroudeau, quien quiso volver al ejército cuando lo dejó Florentina.

« ¡Es un hombre de malas costumbres! dijo Felipe.



— ¡ Ah, conque eso es lo que ha dicho de mí! exclamó Giroudeau; ¡ yo que le quité el estorbo de su tío!

— Ya caerá en nuestras garras, dijo Bixiou. »

Quería Felipe casarse con la S^a Amelia de Soulanges, llegar á general y mandar uno de los regimientos de la guardia real. Tantas cosas pidió que, para taponarle la boca, le nombraron comendador de la Legión de honor y comendador de San Luis. Una noche, al regresar á casa Ágata y José, á pie, en día lluvioso, vieron á Felipe, de

uniforme, en el fondo de su hermosa berlina forrada de seda amarilla, cuyo escudo estaba rematado por una corona de Conde; iba á una fiesta del Eliseo-Borbón; salpicó á su madre y á su hermano, saludándolos con gesto protector.

« ¡ Vaya un modo de subir, ese pillo! dijo el pintor á su madre. Sin embargo, debería enviarnos algo más que barro á la cara.

— Está en una posición tan hermosa, tan ele-



vada, que no hay que resentirse si nos olvida, dijo Ágata. Al subir tan rápida pendiente tiene tantas obligaciones que cumplir, tiene que hacer tantos sacrificios, que muy bien puede ocurrir que, aun pensando en nosotros, no pueda venir á vernos.

— Querido, dijo una tarde el duque de Maufrigueuse al nuevo conde de Brambourg, estoy seguro de que la petición de usted será atendida; pero para casarse con Amelia de Soulanges, es necesario que esté usted libre. ¿ Qué ha hecho usted de su mujer?

— ¿Mi mujer?... dijo Felipe con un gesto, una mirada y un acento harto significativos, ¡ay! tengo la triste seguridad de que no ha de vivir mucho... quizá ocho días. — ¡Ah, querido duque, ignora usted lo que es hacer un bodorrio! una antigua cocinera, y que me deshonra... harto triste es mi caso. Pero he tenido el honor de explicar mi situación á Su Alteza la Delfina. Se trató, en otro tiempo, de salvar un millón que mi tío había dejado á esa persona en su testamento. Afortunadamente mi mujer se ha dado á la bebida; á su muerte, yo quedo dueño de un millón confiado á la casa Mongenod; tengo además treinta mil francos colocados, y mi mayorazgo, que vale cuarenta mil francos de renta. Si, como todo hace suponer, llega á mariscal el señor de Soulanges, estoy en condiciones, con el título de conde de Brambourg, de llegar á general y par de Francia. Eso será el digno retiro de un edecán del Delfin.

— Después de la Exposición de 1823, el primer pintor de cámara, uno de los hombres más apreciables de aquel tiempo, había obtenido para la madre de José una administración de lotería en el barrio de los Mercados. Más tarde Ágata pudo muy afortunadamente permutar, sin pagar indemnización, con el titular de una administración situada en la calle de Sena, en una casa en donde José tomó un estudio. Á su vez, la viuda tuvo un gerente y ya no le costó nada á su hijo. Ahora bien, en 1828, aunque directora de una excelente administración de lotería que debía á la gloria de José, la S^{ta}. de Brídeau no creía aún en aquella gloria tan combatida, como suelen serlo todas las glorias. El gran pintor siempre en lucha con sus pasiones, tenía necesidades enormes; no ganaba lo bastante para sostener el lujo á que le obligaban sus relaciones con el gran mundo, lo

mismo que su distinguida posición en la escuela moderna. Aunque poderosamente sostenido por amigos del cenáculo, por la Señorita de Touches, no gustaba á los burgueses. Ese ser, que es el que hoy tiene el dinero, no abre nunca su bolsa para los talentos puestos en duda, y José veía contra él á los clásicos, á la Academia y á los críticos que formaban parte de aquellas dos potencias. En fin, el conde de Brambourg se hacía el extrañado cuando le hablaban de José. Aquel valiente artista, aunque apoyado por Gros y por Gerard, que lo hicieron condecorar en la Exposición de 1827, tenía pocos encargos. Si el ministerio y la Casa Real tomaban con dificultad sus voluminosos lienzos, menos los tomaban los tratantes y los extranjeros. Por otra parte, José se abandonaba demasiado á su fantasía y de ello resultaban desigualdades de que se aprovechaban sus enemigos para negar su talento.

— La pintura de dimensiones está enferma, le decía su amigo Pedro Grassou, que hacia mamarrachos muy del gusto de la burguesía, cuyas casas no pueden contener los lienzos de gran tamaño.

— Necesitarias que te encargaran el decorado de toda una catedral, le repetía Schinner; reducirás la crítica al silencio con una obra de fuerza. Estos dichos, muy penosos para la pobre Ágata, corroboraban su primitivo juicio acerca de José y de Felipe. Los hechos daban razón á aquella mujer que había seguido siendo provinciana: Felipe, su hijo preferido, ¿no era al fin el grande hombre de la familia? Veía ella en los primeros defectos de aquel muchacho las manifestaciones del genio; José, cuyas producciones la dejaban insensible, porque las veía demasiado en pañales para admirarlas acabadas, no le parecía estar más adelantado en 1828 que en 1816. El pobre José estaba abrumado bajo el peso de sus deudas,

había aprendido un oficio ingrato que no producía nada. En fin, Ágata no concebía por qué habían condecorado á José. Felipe, hecho conde, Felipe, lo bastante enérgico para no jugar más, el invitado á los festejos dados por la hermana del rey, aquel brillante coronel que, en las revistas ó en los cortejos, desfilaba con magnífico uniforme recamado de dos cordones rojos, realizaba los ensueños maternales de Ágata. Un día de ceremonia pública, Felipe borró el odioso espectáculo de su miseria en el muelle de la Escuela, pasando delante de su madre en el mismo sitio, precediendo al Delfín, con su penacho en el chascás, y con magnífico dolmán. Vuelta para el artista una especie de pasiva y cariñosa hermana, Ágata no se sentía madre sino para el audaz edecán de su Alteza Real el Delfín. Orgullosa de Felipe, pronto le debería su bienestar; olvidaba que la administración de lotería que la hacía vivir procedía de José. Un día, Ágata vió á su pobre artista tan atormentado por el total que adeudaba en la tienda de colores, que, al mismo tiempo que maldecía del arte, quiso librarlo de sus deudas. La pobre mujer, que sostenía la casa con las ganancias de su administración de lotería, se guardaba mucho de pedir nunca nada á José. Así es que no tenía dinero; pero contaba con el buen corazón y el bolsillo de Felipe. Esperaba desde hacía tres años, de día en día, la visita de su hijo; lo veía llevándole una cantidad enorme, y gozaba de antemano del placer que ella experimentaría al ofrecérsela á José, cuya opinión sobre Felipe era siempre la misma. Sin que José lo supiera, escribió pues la siguiente carta á Felipe:

Al Señor Conde de Brambourg.

« Mi querido Felipe: En cinco años, no has dedicado á tu madre el más pequeño recuerdo. Eso no está bien. Deberías acordarte un poco del

pasado, aunque no fuera más que por tu excelente hermano. Hoy, José está en la necesidad, mientras que tú nadas en la opulencia; él trabaja mientras tú vuelas de fiesta en fiesta. Tú solo posees la fortuna de mi hermano. En fin, según dice el joven Borniche, tienes doscientos mil francos de renta. ¡Pues bien, ven á ver á José! Durante tu visita, pon dentro de la calavera una veintena de billetes de mil francos; nos los debes, Felipe; y, sin embargo, tu hermano se creará obligado á agradecértelo, sin contar el placer que procurarás á tu madre.

« ÁGATA ROUGET DE BRIDAÜ ».

Dos días después, la criada llevó al estudio, en donde la pobre Ágata acababa de almorzar con José, la terrible carta siguiente:

« Querida mamá: No se casa unó con la Señorita Amelia de Soulanges llevándole cascarones de nuez, cuando bajo el nombre de Conde de Brambourg, hay el de su hijo.

« FELIPE BRIDAÜ ».

Ágata dejó la carta, cayendo casi desmayada sobre el sofá del estudio. El ligero ruido que hizo el papel al caer, y la sorda, pero horrible exclamación de Ágata, causaron un sobresalto á José, que en aquel momento había olvidado á su madre, ocupado con un boceto, y miró por encima del lienzo para ver qué sucedía. Al ver á su madre tendida en el suelo, el pintor soltó paleta y pinceles y fué á levantar una especie de cadáver. Cogió á Ágata en sus brazos, la llevó á su cuarto, la puso sobre la cama y mandó á la criada en busca de su amigo Bianchón. En cuanto estuvo la madre en situación de contestar, confesó haberle escrito á Felipe y la respuesta que de él había reci-

bido. Fué el artista á recoger aquella respuesta, cuya concisa brutalidad acababa de rasgar el corazón delicado de aquella pobre madre, derribando el fantástico edificio levantado por su preferencia meternal. Vuelto José junto al lecho de su madre, tuvo la prudencia de callarse. No habló nada de su hermano durante las tres semanas que duró, no la enfermedad, sino la agonía, de aquella pobre mujer. Bianchón que, en efecto, vino todos los días y cuidó á la enferma con la eficacia de un verdadero amigo, había hablado claro á José desde el primer día.

« Á esta edad, le dijo, y en las circunstancias en que tu madre va á encontrarse, no hay que pensar más que en hacerle la muerte lo menos amarga posible ».

Agata se sentía, por otra parte, tan llamada por Dios, que, al día siguiente ella misma pidió los auxilios religiosos del anciano sacerdote Loraux, su confesor desde hacia veintidós años. Tan pronto como estuvo sola con él, y después de haber depositado en aquel corazón todas sus penas, repitió lo que le había dicho á su madrina y lo que ella decía siempre.

— ¿En qué he podido yo ofender á Dios? ¿No le he amado con toda mi alma? ¿No he seguido el camino de la salvación? ¿Cuál es mi culpa? Y si soy culpable de una falta que ignoro, ¿tengo todavía tiempo para repararla?

— No, dijo el anciano con voz dulce. ¡Ay! la vida de usted parece ser pura y su alma parece sin mancha; pero el ojo de Dios, pobre criatura afligida, es más penetrante que el de sus ministros. Ahora veo claro, pero ya demasiado tarde, pues yo mismo me he equivocado respecto de usted. »

Al oír estas palabras, pronunciadas por una boca que hasta entonces no había tenido para ella sino palabras de paz y de miel, Agata se incorporó

en su lecho abriendo ojos llenos de terror y de inquietud.

« Diga usted, diga usted, exclamaba.

— Consuéllese, repuso el anciano sacerdote. Por la manera como es usted castigada, puede preverse el perdón. Dios no es severo aquí abajo sino con sus elegidos. Desgraciados aquellos cuyas malas obras encuentran casualidades favorables, serán sometidos á nuevas pruebas hasta que sean duramente castigados á su vez por simples errores cuando lleguen á la madurez de los frutos celestiales. La vida de usted, hija mia, no ha sido más que un prologando error. Cae usted en la fosa que usted misma se ha abierto, porque sólo pecamos por nuestro lado flaco. Usted ha dado su corazón á un monstruo en quien ha visto usted su gloria, y ha desconocido al hijo que es su verdadera gloria. Ha sido usted tan profundamente injusta, que no ha notado usted ese contraste tan marcado. Debe usted su subsistencia á José, mientras que su otro hijo la ha saqueado constantemente. El hijo pobre, que la ama sin ser recompensado por igual ternura, le trae á usted el pan cotidiano; en tanto que el rico, que no ha pensado jamás en usted y que la desprecia, desea su muerte.

— Oh eso no, dijo ella.

— Si, repuso el sacerdote; usted, por su humilde condición, es un estorbo para las esperanzas de su orgullo.... Como madre, ese es su crimen. Como mujer, sus padecimientos de usted y sus tormentos le anuncian que gozará de la paz del Señor. Su hijo José es tan grande, que su ternura no ha menguado nunca por las injusticias maternas de usted; ámele, pues, dele todo su corazón durante estos últimos días; en fin, pida por él, como yo voy á pedir por usted.

Abiertos por tan poderosas manos, los ojos de aquella madre abrazaron en una mirada retros-

pectiva el trascurso de su vida. Esclarecida por aquel rayo de luz, comprendió sus faltas involuntarias y se deshizo en lágrimas. El sacerdote se sintió de tal manera conmovido ante el espectáculo de aquel arrepentimiento de una criatura que sólo por ignorancia había pecado, que se salió para no dejar ver su compasión. José entró en el cuarto de su madre unas dos horas después de haber salido el confesor. Había ido a casa de un amigo a buscar el dinero necesario para pagar sus deudas más urgentes, y entró de puntillas creyendo que Agata estaba dormida; de modo que pudo sentarse en una butaca sin ser visto por la enferma. »

Un sollozo entrecortado por estas palabras : « ¿ Me perdonará? hizo levantar a José, que sintió un calofrío, creyendo que su madre era presa del delirio que precede a la muerte.

— ¿ Qué tienes, madre mía? le dijo, espantado al ver los ojos llorosos y la cara abatida de la enferma.

— ¡ Ah, José! ¿ me perdonarás, hijo mío? exclamó.

— ¿ Qué? dijo el artista.

— De no haberte querido como merecías...

— ¡ Qué tontería! exclamó, ¿ tú no me has querido?... ¿ No vivimos juntos desde hace siete años? ¿ No eres como mi criada desde hace ese tiempo? ¿ No te veo todos los días? ¿ No oigo tu voz? ¿ No eres la dulce é indulgente compañera de mi vida miserable? ¡ Tú no comprendes la pintura!... Ah! pero eso no se adquiere. Y yo, que decía ayer a Grassou : « Lo que me consuela en medio de mis luchas, es tener una buena madre; es lo que debe ser la mujer de un artista : cuida de todo, vela por mis necesidades materiales sin bocinearle en lo más mínimo ».

— No, José, no; tú me querías, y yo no te devolvía ternura por ternura. ¡ Ah, cómo quisiera vivir!... Dame tu mano.

